

de vez en cuando pueblan los paseos de nuestras ciudades.

Eso es lo que suele suceder con los libros de poesía. Sus cortas tiradas y su escasa o nula distribución los ensombrecen con demasiada frecuencia. Este bien podría haber sido el destino de *Los círculos concéntricos*, si su autor no lo hubiera colgado en su blog personal: esa inapreciable oportunidad que Internet brinda a todos los consumidores del mundo virtual. De esta manera, el poemario de Alejandro Céspedes tendrá los lectores que se merece. Que, dada su calidad, tendrían que ser miles.

En las páginas —de imprescindible lectura— que abren el libro, Alejandro Céspedes nos pone en antecedentes de los avatares del mismo. Nos va explicando la ardua tarea que supuso la creación de *Los círculos concéntricos* y de cómo el personaje femenino se le fue imponiendo desde el primer verso negándose a aceptar las «manipulaciones» a la que le exponía el autor.

El libro, elaborado con la dedicación, paciencia y cariño de un orfebre, relata la trágica historia de Aurora. Céspedes, a través de una serie de fragmentos (encadenados entre sí sin ningún tipo de fisuras y poseedores de una palabra justa e irremplazable) va dejando hablar a su personaje sin tapujos, pero siempre observándolo con tal dulzura y respeto que si no supiéramos que en

todos los órdenes de la vida las cosas nunca son lo que parecen, nos inclinaríamos a pensar que el autor, de alguna forma, ha sido un espectador cercano a los hechos que nos narra.

Desde el núcleo de los círculos de los que intenta salir y por los que irá transitando hasta llegar a su extrarradio, Aurora nos cuenta una existencia marcada por las abominables circunstancias que rodean su infancia y adolescencia, transcurridas entre el desconcierto, el silencio, y la culpa: «Traspassar la frontera era muy fácil. Quién dice a la caricia cuál es el territorio prohibido [...] Qué puntos de la piel van indicando dónde están los linderos del camino por el que transitar es aún posible sin tener que esconder las emociones...» (p. 13)

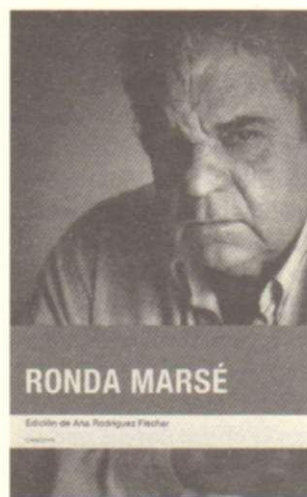
Ningún fragmento de este libro nos deja indiferentes. La voz de Aurora con veracidad y emoción nos sumerge en su mundo de silencios y misterios, que según nos van siendo revelados nos conmueven y estremecen: «Supe a los doce años que aquel coche tan grande era un Seat —y con dos apellidos que son Mil Cuatrocientos Verde, como el agua estancada. Y fuimos a estrenarlo. Hasta esa edad recuerdo pocas cosas pues la memoria era un territorio inexplorado, oculto, solo útil para que en él pastasen mis secretos...» (p. 21)

A partir de este episodio la historia se precipita. La rebelión, el asco y el dolor se

manifiestan todos de golpe. Aurora rompe las ataduras y recupera una libertad no exenta de aflicción y culpa, pero salvadora: «Todo está consumado. No puede haber condena más perpetua que darle de mamar a los recuerdos. Cualquiera otra justicia es de este mundo y a mí ya no me alcanza porque hace mucho tiempo que habito en la ceniza de una estrella apagada. Nunca habrá redención pues no es culpa del pájaro si se estrella su cuerpo contra el cristal traidor de una ventana...» (p. 40)

Como bien dice Emilio Porta en un texto que, a modo de prólogo, acompaña a la justificación del libro por parte del autor, *Los círculos concéntricos* no es otra cosa que una brizna —muchas briznas diría yo— de amor y dolor profundo de Alejandro Céspedes.

HERME G. DONIS



Ana Rodríguez Fischer (ed.)

Ronda Marsé

Candaya, Barcelona, 2008

### Marsé & Cía

Es edificante constatar cómo la aventura que Candaya inauguró con aquella *Historia abreviada de la literatura portátil* dedicada a Vila-Matas ha tenido a lo largo de los meses una continuidad nada gratuita. La presente *Ronda Marsé*, preparada por la profesora y novelista Ana Rodríguez Fischer, supone un nuevo y decisivo paso, un nuevo eslabón, que enriquece por su rigor y acentuada amenidad la colección de Ensayo de la citada editorial.

Ana Rodríguez, en la introducción al libro que ha preparado, vincula la colección a aquella ya mítica de Taurus, «El escritor y la crítica». Efectivamente: el autor frente a la crítica (y no específicamente frente a los críticos). Es esa línea

que la editora del presente volumen, recordando los nombres eminentes de Clarín, Galdós, Unamuno, Azorín y Baroja, entre otros, llama «línea diacrónica». El análisis de las grandes obras literarias desde el punto de vista de lo que se vino a llamar la estética de la recepción. Resulta siempre muy agradable observar cómo fueron recibidas por la crítica novelas que han pervivido, que han atravesado la frontera de los años. Y es por eso, por esa intencionalidad, que el libro que nos ocupa está estructurado en varios apartados. Tras uno inicial, genérico, verdadero punto de partida que la editora titula «Semblanza humana y literaria de Juan Marsé», se va saltando cronológicamente de novela en novela, partiendo de *Encerrados con un solo juguete*, siguiendo con *Últimas tardes con Teresa*, y así hasta las *Canciones de amor*, de 2005. Sin olvidar los autorretratos, que son los que, con justicia y con esa ironía tan propia del autor (ironía corrosiva, se ha dicho), abren el camino de la ronda. «Siempre pertrechado para irse al infierno en cualquier momento», nos dice el propio Marsé. Pues sí, la Ronda puede llevarnos muy lejos.

El apartado inicial, el dedicado a la semblanza del autor, inicia la Ronda con la inclusión de artículos firmados por nombres tan representativos como Azúa, García Montero, Mainer, Marcos Ordóñez, Mendoza, Muñoz Molina, Vázquez

Montalbán o Vila-Matas (el orden alfabético no es casual, como veremos). Trazan los autores una aproximación humana y literaria. Aparece en estos textos iniciales la ironía del amigo, la nostalgia biográfica del lector, el análisis pormenorizado, el retrato impresionista, el apunte certero (alguno, de Mainer por ejemplo, ha hecho fortuna a lo largo de los años), las aproximaciones al microcosmos urbano, al análisis de ese particular «realismo con fe», a la influencia del cine, al peso de la historia, del recuerdo y de la nostalgia. El perfil que trazan estas páginas es justamente ese: el de una aproximación. Es decir, multitud de caminos quedan apuntados, ninguno acotado ni extinguido. Pero a la vez, son el pórtico necesario para el análisis que vendrá a partir de entonces. La mayoría de artículos recogidos en esta primera parte están fechados en la década de los noventa y en los primeros años del presente siglo. Que los autores aparezcan ordenados de forma alfabética, aquí y en el resto de apartados, equivale a no dar importancia preeminente a ninguna de las voces, a asumir que el sentido global del texto vendrá dado por las diferentes opiniones vertidas, omitiendo incluso el orden exacto, cronológico o temático, de esas voces.

Comienza entonces esa «línea diacrónica» que Ana Rodríguez señalaba en la introducción: la recepción y la crítica, que no son siempre la misma cosa, de cada una de las obras de Juan Marsé.

El tiempo de los artículos se ciñe aquí, en la mayoría de los casos, al momento de la aparición de esas novelas, observando así la forma en que fueron recibidas por los críticos más destacados, las expectativas que vinieron a romper, a trascender, el acomodo que tuvieron en el devenir cotidiano de nuestra narrativa. Así, por citar solo algunos, los casos de Díaz Plaja, Vilanova y Vargas Llosa a propósito de *Últimas tardes*; los de Rafael Conte o Dionisio Ridruejo para *Si te dicen*; los de García-Posada y Suñén para *Ronda del Guinardó*, o el de Nora Catelli para *Temiente Bravo* (el libro de cuentos). Ya más recientes desde nuestra perspectiva (engañosa, no en vano «de todo hace ya casi veinte años») los de Víctor Erice, Echevarría, Masoliver Ródenas o la propia Ana Rodríguez Fischer. Otros textos clásicos de Barral, Martín Gaité o Vázquez Montalbán complementan el conjunto de voces que no solo opinan sino que también inquierien.

Pero junto a estas reseñas, «palabra en el tiempo» en machadiana expresión recogida por Ana Rodríguez en sus palabras preliminares, hay otros artículos, otras reseñas, de aparición más o menos reciente que dialogan desde la orilla del hoy con aquellos otros textos escritos en los años de aparición de las novelas. Así, aparte de los de la semblanza inicial, los de Antonio Soler, Lluís Izquierdo o Pérez-Reverte para *Últimas tardes*; el de Mainer para *La oscura historia*, o el Caballero Bonald para *Si te dicen que caí*, entre otros.

La mayoría de los textos proceden de publicaciones periódicas, revistas especializadas, suplementos culturales (aunque alguna de las reseñas había ya sido recogida en volumen, así la de Antonio Vilanova, por ejemplo, o alguna de Vázquez Montalbán, entre otras), también de prólogos y epílogos de las reediciones de las novelas, o de textos ensayísticos más amplios (pienso en *De postguerra*, de Mainer). En cualquier caso, la editora ha señalado, tras la transcripción de cada una de las reseñas, su origen y devenir posterior.

En la introducción, Ana Rodríguez nos habla de un dibujo trazado «que ojalá se perciba con claridad». Frente a la exhaustiva bibliografía manejada, recogida en la parte final del libro, resulta fácil hacerse una idea. Un dibujo trazado a partir de textos muy diversos que puedan, una vez unidos, darnos un retrato lo más fiel posible no solo del valor y significación de Marsé para nuestras letras sino también de los criterios estéticos que vinieron a condicionar la recepción de sus obras. Para ello, para lograr ese fin preciso, se ha debido huir de apriorismos, de filias y fobias, de prejuicios. Permitir que fueran los propios autores, estos sí con sus propias filias y fobias tan humanas, los que dialogaran. Siempre ocurre así en la historia literaria, una suma de voces que desde laderas más o menos alejadas, van prefigurando un canon determinado. Ronda Marsé, y libros como Ronda Marsé, permiten asistir a ese diálogo.

